

CAPÍTULOS GRATUITOS

Staeling

Alejandra Kimella

*A todos mis lectores de Wattpad y Litnet,
por apoyarme siempre que lo he necesitado.*

«La mente hace su propio lugar y, en sí misma, puede hacer un cielo del infierno,
y un infierno del cielo».

JOHN MILTON, *PARAÍSO PERDIDO*

S 1 S

Deseo de cumpleaños

El cielo rugió con violencia. Una luz iluminó, de manera fugaz, el callejón frío y oscuro por el que arrastraba las piernas al caminar. Las gotas de lluvia empapaban mi cabeza y hacían que mis cabellos negros se pegaran en trazos irregulares sobre mi frente. No podía dejar de llorar. Las lágrimas caían como si corrieran una maratón, una detrás de la otra.

¿Qué tan cruel tendrías que ser para terminar con tu novia el día de su cumpleaños? O, mejor dicho, ¿qué tan mala novia tendrías que ser para que te dejen el día de tu cumpleaños? ¡Pues, pregúntenme a mí! Estoy a nada de sacarme el máster en «Relaciones Fallidas». Seguro me iba mejor que como novelista.

Tal vez, ahí estaba la raíz del problema. Según mi mejor amiga, Ana, la verdadera cuestión radicaba en mi trabajo como escritora. Desde que aprendí a refugiarme en los libros, mi vida dio un giro inexplicable. Cada vez que me sentía sola, abandonada o vacía, volvía a mi computadora y el mundo exterior se desvanecía. Al escribir, podía hacer las vidas de mis personajes mucho más miserables que las mías, por lo que, al ver todo desde otra perspectiva, pensaba: «¡Hey! Ed, alégrate. Podrías ser la reina de un planeta alienígena, que es perseguida por el imperio enemigo, a través de las galaxias». En ese punto, siempre me llevaba una mano al pecho, exhalaba y daba gracias a Dios porque la mayor de mis preocupaciones solo era tener una bruja como hermanastra.

Aunque, si lo pensaba bien y ponía las cartas sobre la mesa, el mundo también se volvería un mejor lugar si los hombres fueran como en los libros. No estaría mal que sean guapos caballeros con armaduras oxidadas, poseedores de voces gruesas mata-zorras, con ojos brillantes y dominantes, brazos fuertes y bien trabajados. También, podrían ser millonarios exigentes y mujeriegos, pero que, al final, terminan siempre enamorados de la chica ordinaria. Entonces, llegaría el punto en donde ellos harían un voto imaginario de castidad y renunciarían a la poligamia, defenderían a la chica de los maleantes, y, si pelearan con ella, terminarían por ceder. Saben que es mejor conservar a su lado a la mujer que aman porque, así, vivirían felices por siempre.

De nuevo, las lágrimas se arremolinaron sobre mis mejillas. Era una tonta por creer en esa fantasía. En la vida real los hombres eran crueles, las mujeres unas caprichosas y el destino nunca nos sonreía.

Pateé con fuerza el pequeño charco que se había formado debajo de mis pies mientras esperaba el autobús. ¡Quería ser ese charco! No, a esas alturas, quería ser hasta la piedra que ese niño pateaba al caminar. Estaba segura de que me sentiría mejor si era azotada por un bebé, que cambiada por Lizzy «Curvas de Silicona» Sánchez. ¡Esa mujer me quitaba todo lo que yo tenía! Y ni siquiera recuerdo, ya, cuándo comenzó a hacerlo.

Cuando éramos pequeñas, y asistíamos al mismo jardín de niños, los profesores nos solían repartir crayones. ¡Pero adivinen! Sí, a ella le daban los crayones completos, y a mí los que otros niños ya habían partido a la mitad. Además, mi almuerzo terminaba siendo suyo la mayor parte del tiempo. ¡Y cuando entramos a la secundaria las cosas no mejoraron ni siquiera un poco! Mi padre, el entrenador del equipo de fútbol de la preparatoria, y su madre, la psicóloga del instituto, se enamoraron y se casaron. En ese tiempo, ni siquiera había entrado a la preparatoria y ya la odiaba.

Y casi como si Mahoma hubiese reencarnado en mí, como su máxima profeta, al entrar en la preparatoria, todo se fue a la basura. Lizzy se posicionó como líder del equipo de porristas, y yo terminé por escribir columnas en el periódico escolar. Me volví un fantasma dentro de mi propia casa. Mi padre y mi hermanastra tenían muchas cosas en común y, vamos, su madre no iba a ignorarla. Así que, cuando los temas de deportes dominaban la mesa, lo que ocurría más o menos un 80 % de las veces, mi voz quedaba varada en una bahía de soledad.

Cedí mi habitación cuando ellas se mudaron. No protesté cuando Lizzy cambió los sábados de *pizza* por sábados de *sushi*. Tampoco, dije algo cuando decidí pintar de rosa el auto que papá nos compró para ir a la universidad, ni le he dicho a mi padre que, algunas veces, ni siquiera puedo subir a él porque el maldito club de porristas no quiere esperar y mi puesto en el periódico demanda un poco de tiempo extra. ¡Ni siquiera me quejé cuando mis gatos me dejaron de lado!

Mis crayones, mi almuerzo, mi padre, mi recámara, el cariño de mis gatos, mi auto, mi maldita *pizza*. Y, ahora, ¡mi novio!

Mis manos se transformaron en puños. La rabia subió por mi garganta y me dejó un sabor metálico en la lengua. Quería descargar toda la ira en algo más que apretar mi falda entre los dedos. ¡Necesitaba golpear algo con urgencia!

—Si rechinas los dientes de esa manera, vas a perderlos antes de los treinta —advirtió una voz femenina detrás de mí.

Giré despacio y me encontré con una mujer encorvada. Estaba arrodillada en la esquina de un callejón adyacente. Sus cabellos grisáceos envolvían gran parte de su cara, y solo me dejaban ver una concavidad pronunciada, cubierta de sombras y con monstruosas bolsas debajo de sus ojos. Sus ropas deslavadas gritaban que había pasado más tiempo, del que podía imaginar, metida en ese callejón. El olor nauseabundo que desprendió al mover su mano de un lado a otro, para saludar, fue embriagador... ¡Y no de una buena manera!

Sonreí a modo de respuesta y miré hacia la carretera. Esperaba que el autobús pasara de inmediato o iba a tener que despedirme, si tenía suerte, solo de mi cartera.

Ella resopló.

—No voy a robarte nada.

Giré un poco para mirarla sobre mi hombro y negué con la cabeza. Me sentí culpable de mis pensamientos.

—Hoy es tu cumpleaños, ¿cierto? —preguntó y mostró una fina línea de dientes que parecían de porcelana.

Lo primero que se cruzó por mi mente fue: «¿Cómo rayos se podía tener esos dientes y vivir en la calle?». ¡Ni siquiera yo podía lograrlo con hilo dental y enjuague de alcohol y flúor! De inmediato, supe que esa mujer no era una vagabunda normal. Sexto sentido, dicen.

—¿Cómo sabe que es mi cumpleaños? —La miré y la encaré un poco titubeante.

Secuestradores, mafiosos, vendedores de droga, comentaristas de moda... Las posibilidades eran infinitas cuando hablábamos de husmeadores. Yo no tenía dinero, así que esperaba que no buscara secuestrarme, porque ¡sorpresa!, le iría mejor si se llevaba a Lizzy. Era posible que hasta en la preparatoria hicieran una colecta para juntar el dinero del rescate.

Ella me sonrió con simpatía y me indicó, con una seña, que me acercara. No quería hacerlo; pero, tampoco, tenía el corazón para decirle a esa anciana que prefería mantener distancia.

Cautelosa, me acerqué y me arrodillé junto a ella. Traté de mantener unos metros considerables y esperé.

—Ya que es tu cumpleaños, quizá deberías regalarme algo —comentó, de pronto, animada. Arqueó sus cejas una y otra vez.

Vaya, al parecer alguien no entendía cómo funcionaban los cumpleaños.

Reí por lo bajo y sonreí por primera vez en tan tormentoso cumpleaños. Como agradecimiento a la única persona que parecía haber sido amable en lo que iba de mi día —y, si consideraba que eran las diez de la noche, ¡aquello ya daba mucho que decir!—, me quité la chaqueta y se la entregué.

—No quiero una chaqueta —replicó y arrugó su nariz como si, en realidad, le hubiese dado mi ropa interior usada.

Puse los brazos en mi cintura y me mostré ofendida.

—Tiene una enorme barra de chocolate dentro. —Señalé—. Me costó una fortuna.

—¿Por qué has gastado dinero el día de tu cumpleaños? —preguntó y se puso la chaqueta a regañadientes—. ¿No se supone que es el día en el que las personas hacen todo por ti?

Otra vez, reí por lo bajo.

—¿La mujer que me ha pedido un regalo va a mostrarme cómo funcionan los cumpleaños?

Ella sonrió.

—Sí. Solo te he pedido un regalo.

Asentí resignada.

—¿Qué necesita?—Un abrazo y un poco de tu cabello. —Sonrió de manera abierta.

Me congelé. ¿Un abrazo y un poco de cabello? ¿Qué clase de vagabundo pide tal cosa? ¿Estaría drogada? Escuché que el LSD hacía eso y mucho más.

—¿Está segura...?

—¿Vas a dármelo o no?

Mostré las palmas en señal de rendición y asentí. Con cuidado, me arranqué un poco de cabello de la sien y se lo tendí sin rechistar. Después de tomarlo y examinarlo, justo como lo haría un joyero experto con un diamante en bruto, ella negó con la cabeza.

—Eso fue demasiado sencillo. ¡No se supone que debe ser sencillo! —Me golpeó en la cabeza con un rollo de periódico que no sé de dónde rayos sacó—. Nunca, NUNCA, en ninguna circunstancia, debes regalar tus lágrimas o tu cabello, ¿entiendes lo que digo? —Asentí más adolorida que consternada—. Sobre todo tus lágrimas —continuó—, pueden robarlas, pero jamás tendrán el mismo poder que cuando las otorgas a voluntad.

—Oh, claro. —Resoplé y me llevé una mano a la frente de manera teatral—. ¡Qué tonta, cómo pude olvidarlo!

Sí, LSD. Sin duda era LSD. Ella entrecerró los ojos en mi dirección y, de pronto, tuve la sensación de que podía ver dentro de mi mente.

Okey. Ahora, era yo la que tendría que replantearse si había ingerido alguna droga con su bebida. Tal vez, había sido una mala broma de cumpleaños.

La mujer rodó los ojos.

—Venga, dame ese abrazo de cumpleaños y acabemos con esto. —Pidió y movió sus brazos para que fuese hacia ella.

Una mujer esquelética, exhausta y vagabunda me pedía abrazos y cabello a mitad de un callejón oscuro y sin salida. Bueno, no era el panorama que había imaginado para el día de mi cumpleaños, pero, tampoco, había imaginado que encontraría a mi hermanastra sobre el regazo de Tom Plan a pocas horas de mi «fiesta sorpresa».

No obstante, lo estaba viviendo.

Me incliné hacia ella y le di el abrazo que quería. De pronto, sentí como si un remolino me recorriera el alma; era como si un tornado hubiera tomado cada parte de mi cuerpo en unos pocos segundos.

—Eres perfecta, señorita Luna. La mejor del linaje de las Staeling, si me lo preguntas —me felicitó apenas se apartó.

Me cubrí el pecho con una mano y la miré petrificada. No sabía qué había sido aquello, pero tenía que salir de ahí antes de que me apuñalara con su mirada o algo peor. Su mirado me mostró que entendió lo que yo estaba pensando y, con un poco de desilusión, juró:

—No voy a hacerte daño. Antes de concederte un deseo, tengo que comprobar que seas un alma pura. Si las hadas le prestáramos nuestra magia a todo el mundo, ya no existiría el planeta.

Asentí. Fingí que comprendía todo lo que decía y me puse de pie. ¡Al diablo el autobús! Quise correr, pero ella no me dejó. Su mano se cerró firme sobre mi muñeca y me frenó con fuerza.

—Todavía no has pedido tu deseo. —Sonrió—. Tu madre hizo lo mismo cuando cumplió dieciocho, pero ella sabía artes marciales y la cara de mi madre no era de metal.

¿Mi madre? Okey, esto ya no era LSD, era una nueva droga que se comercializaba en los barrios bajos de la ciudad. Negué con la cabeza y tiré de mi mano hacia atrás.

—Oh, vamos, ¿por qué siempre es lo mismo después del abrazo? —Me tendió un pequeño pastelillo que sepa Dios de dónde sacó—. Solo sopla.

Una pequeña y solitaria vela adornaba el centro del pastelillo. No debí observarla con fijeza. No debí hacerlo, porque, en ese momento, el fuego me atrapó como la casa de la bruja a Hansel y Gretel.

Fue imposible ignorar. La llama me embriagaba, me pedía a gritos que la mirara de cerca, me rogaba que pidiera un deseo. Ella conocía mi nombre. Su voz danzante inundaba mis sentidos. Tenía que... No, *debía* pedir un deseo. Necesitaba obedecer al fuego.

No creí que podría elegir un solo deseo. Todo mi día pasó como una película a toda velocidad: cada escena, cada situación, cada sueño. Al despertar, quise no ir a la preparatoria. En el desayuno, me hubiera gustado cereal con pasas y no, uno con plátano. Al llegar al instituto, deseé que Zac Newman me deseara un feliz cumpleaños al pasar junto a él, pero fui tan ignorada, que quise desaparecer. Las imágenes, mis sueños y cada sentimiento quemaron en forma de recuerdos dentro de mi cabeza. Entonces sucedió. Todo se detuvo.

Un único deseo.

Una situación.

Tom y Lizzy sobre el sofá de la cafetería; mi corazón se contrajo, el nudo me oprimió la garganta, la rabia subió y mis manos se convirtieron en puños. Todo volvió a mí con la misma intensidad, como si lo viviera otra vez.

«Deseo que mis hombres sean reales. Quiero que mis creaciones masculinas no sean solo fantasías. Necesito conocer a un verdadero caballero literario».

Fue mi voz la que inundó mis pensamientos, pero no era yo la que pidió el deseo. Fue algo más profundo, una voz que dominó mi conciencia, una voz a la que quise besar por tan acertado deseo.

Entonces, como si estuviera en la curva de una montaña rusa de veinte metros, volví a la realidad con un fuerte retortijón en el estómago. Fue un verdadero milagro que no vomitara la cena sobre la mujer.

Como si un hechizo hubiese caído sobre ella, se irguió imponente y la voz que tenía la anciana escuálida, desapareció. Mismo aspecto físico, con mayor vitalidad, como una mujer más fuerte.

—Así que tenemos aquí a una escritora. —Sonrió—. No me sorprende. Los novelistas son siempre más empáticos con el mundo que los rodea. —Suspiró y, por fin, liberó mi mano de su agarre—. En fin, tendré que actualizar tu expediente. Las Staeling nunca dejan de sorprendernos: malabaristas, profesoras, doctoras, actrices, chefs y, ahora —me miró de arriba abajo con la ceja arqueada—, una escritora. Interesante.

Me sostuve el estómago con una mano. El vértigo no había desaparecido. Me sentía enferma.

—¿Qué me hiciste?

Ella arrugó la nariz y meneó el dedo índice de un lado a otro con elegancia.

—Creo que lo que quieres decir en realidad es «gracias», así que «de nada». Disfruta tu deseo. Solo tú puedes romperlo.

Inevitable. Devolví la cena de un solo tirón. Dejé todo el contenido sobre los zapatos de la anciana.

—¡Esto es Gucci! ¡Aunque no puedas verlo! —reprendió muy ofendida.

De Gucci, nada. Parecían los zapatos que alguien tiraba, después de haberlos arrojado por años en la esquina del armario, esos que hacían de casa para las polillas.

—Lo siento.

La mujer se masajeó la sien y negó con la cabeza antes de barrer el aire con la mano en mi dirección. Le restó importancia.

—No importa, compraré otros... Mi nombre es Galy, por cierto. Si me necesitas —me tendió una pequeña tarjeta de presentación—, estaré ahí.

Giré la tarjeta entre mis dedos con la mano que no me sostenía el vientre y arrugué la frente.

—Esto es una tarjeta en blanco...

Pero cuando levanté la mirada ya no estaba la mujer esquelética.

Ya no había nada.

Volví a vomitar lo que quedaba de la cena.

Apariciones

Me dolía la cabeza como si hubiese sido golpeada por el equipo de fútbol de mi padre en la tercera ronda de un partido, que era cuando solían volverse mucho más agresivos, y, también, sentía que los músculos de mi cuerpo quemaban; parecían licuados por una industria de jugos. Busqué a tientas mis anteojos sobre el buró, pero sin éxito. No podía ver nada.

Después de mi encuentro con la extraña anciana, corrí hasta a casa. Vomité durante toda la noche; creí dejar el estómago sobre el váter. Cuando, por fin, caí rendida, mi padre no protestó. La fiesta sorpresa fue un éxito sin mí. De todas formas, no era como si realmente supieran quién era yo. La mitad de la preparatoria solo conocía a Lizzy y ni siquiera sabían que vivíamos bajo el mismo techo. Incluso, una chica le llevó un regalo a ella.

Me senté sobre el sofá y esperé a que mi vista se aclarara. Supuse que con los lentes sería más sencillo, pero sentía los estragos de una fuerte resaca crecer en mi interior. Lo más injusto era que nunca en la vida había probado ni una sola gota de alcohol. Todos mis síntomas obedecían a una pesadilla sobre una horrible anciana con su vela mágica.

Magia. Dios, que buena jugada.

Reí por lo bajo y negué con resignación. Tarde, me di cuenta de que aquello fue peor para mi dolor.

—¡Auch! —respingué y me llevé una mano a la cabeza, como si el sostenerla pudiera menguar el dolor.

—¿A caso se está riendo sola? —susurró una voz gruesa detrás de mí. Mis sentidos se avivaron al instante.

De inmediato, me puse de pie y me pegué a la pared como un gato que se aleja del chorro de agua que sale de una manguera. Desde esa posición, intenté observar con claridad al grupo de sombras que se erguían frente a mí, pero fue imposible.

Cuando una de esas imponentes figuras comenzó a crecer, alcé mi mano en su dirección y grité con fuerza:

—¡No te acerques!

Bien, sé que tal vez alguna amenaza habría sido una mejor idea, pero en ese momento era todo lo que tenía contra las manchas.

Funcionó. La sombra dejó de crecer a la distancia.

—Oye, venimos en paz —intentó decir otra de ellas y se acercó de la misma forma.

—¡He dicho que te alejes! —grité horrorizada.

Medidas evasivas, golpes efectivos de clases trucas de artes marciales y algunos gritos de auxilio fueron parte de los planes que comenzaron a recorrer mi mente. Necesitaba tener un plan listo y saber qué hacer en el momento en que alguna de esas formas se acercara lo suficiente.

—Técnicamente, dijo «no te acerques» —respondió otra voz.

Bueno, a pesar de que dejé las clases de *krav magá* a los doce, todavía recordaba algunos movimientos. Estaba segura de que, en una situación así, todavía podía ayudarme con una patada en el estómago.

—Creo que no puede ver sin sus anteojos —declaró una de las figuras, pero con mayor suavidad en el tono de voz.

—¡Y un cuerno con eso! —La primera mancha se acercó, de manera peligrosa, hacia mí—. ¡Oye! Niñita, por alguna extraña razón hemos despertado en tu habitación y...

Por lo general, el miedo me paralizaba, pero en esa ocasión fue distinto. Quizá fue el hecho de sentirme indefensa sin mi visión periférica a 20/20, o por los estragos de una resaca malograda o, tal vez, había vivido demasiado la noche anterior.

Sea lo que sea, funcionó.

Mi cuerpo actuó en modo automático. Mi mano logró acercarse lo suficiente al bulto, como para que mi pierna pateara su pecho. El hombre cayó frente a mí y soltó un gemido de dolor.

Una ola de risas siguió a mi gran hazaña. Mantuve la guardia en todo momento, pero una de esas sombras se movió mayor con agilidad y aprovechó mis puntos ciegos para colocarme los lentes por detrás. Me giré hacia él completamente perturbada.

Mi campo visual fue invadido por un hombre alto, de cabello castaño con genuinas ondas de rizos poco pronunciados que se arremolinaban unos sobre otros. Su tez era clara y tenía un rostro marmoleado con una intensa mirada azulada. Su cuerpo estaba bien trabajado. Cuando sonrió, mostró una hilera de dientes blancos, alineados a la perfección; los custodiaban un par de labios gruesos y rojizos, demasiado fantasiosos.

—Hola, Eddie —saludó como a un viejo amigo de campamento.

Retrocedí con lentitud hasta que mi espalda chocó con un cuerpo fuerte y frío. Cuando me di vuelta, encontré un par de ojos azul grisáceo que me observaban con detenimiento, un mentón de película griega y unos pómulos rojizos que estaban para morirse. Su cabello castaño se hondeaba con las ráfagas de viento que entraban por la ventana abierta junto a mi cama.

—Hola, tú... cómo sea que te llames. —Sonrió.

Me alejé por instinto, solo para encontrar a cinco hombres igual de asombrosos que me observaban con fijeza. Todos estaban para caerse de espaldas o comer un pan mientras amabas a Dios. Lamentablemente, aquel no era un motivo para no gritar despavorida por un poco de ayuda.

—¡PAPÁ!

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó uno de los chicos. Tenía cabello moreno, mirada grisácea, una tez pálida casi vampírica y un cuerpo para morir y bramar por un toque más.

—Denle unos minutos —indicó el hombre que me tendió los lentes. Una de sus manos estaba debajo de su mentón, con una mirada calculadora y divertida. Parecía sonreír burlón.

—¡No tengo unos minutos! ¡Tengo una maldita batalla que liderar! —gruñó otro castaño con ojos azulados. Este hombre tenía un cuerpo mucho más imponente que los anteriores, aunque no lo suficiente como para hacerle sombra a un luchador de la WWE. Era un ser para derretir los helados en verano.

—¡PAPÁ! —intenté de nuevo. ¡¿Dónde estaba ese hombre cuando se lo necesitaba?! ¡Habían entrado a la casa y él no aparecía!—. ¡Identifíquense o llamaré a la policía!

El hombre del fondo, que hasta el momento había permanecido inmóvil, se acercó con ligereza y me miró de arriba abajo como si fuera un mosquito, que deseaba la muerte al volar hacia un faro de luz. Su mirada verdosa lo hacía lucir mucho más intimidante que al resto. Parecía un dios griego en tierra profana y su cuerpo... ¡Jesús, ni siquiera tengo que describir su cuerpo! Me sentí pequeña e insignificante frente a él.

—¿Significa que si nos identificamos no llamarás a la policía? —preguntó una voz nueva que salía desde el baño.

¡¿Qué demonios...?! ¿Cuántos modelos Gucci y Calvin Klein cabían en mi habitación?

El nuevo no era muy diferente a los demás: mirada azulada, rostro delgado con facciones marmoleadas y tez clara. Estaba bronceado y portaba una sonrisa forzada.

Una pequeña luz de advertencia se encendió en mi interior. Los conocía de alguna parte, podía distinguir la sensación de reconocimiento dentro de mí; pero debían ser estragos de la resaca. No había manera en la que yo pudiera haberme topado con alguno de esos hombres y los hubiese olvidado. ¡No tenían un aspecto fácil de olvidar!

—Llamaré a la policía —advertí titubeante. Quería que mi voz sonara firme, pero cuando el miedo me dominaba era imposible controlarme de esa forma.

—Bien. Adelante. Me voy —anunció el imponente Adonis. Se aproximó a la puerta de salida.

—¿Qué pasa? ¿No quieres saber por qué despertaste aquí? —preguntó el de la mirada grisácea-azulada.

—Tengo cosas más importantes que hacer —respondió con determinación.

Pero algo extraño ocurrió. Cuando su mano tocó la perilla de la puerta, retrocedió al instante y soltó un gruñido de dolor. Entonces, giró a fulminarme con la mirada como si la culpa fuera mía.

—¿Qué demonios le hiciste a esta puerta, hechicera? —demandó y se acercó con detenimiento hacia mí. Habría logrado hacerme frente, si el hombre que me había tendido los anteojos no se hubiese interpuesto entre ambos—. Muévete.

No podía ver su expresión, él me daba la espalda; pero podía jurar que todo rastro de diversión había desaparecido por completo, por la forma en la que sus músculos se habían tensado.

—Mira, solo queremos que nos digas cómo has hecho para entrar a nuestras casas y traernos aquí. —El castaño de ojos azules miró de arriba abajo al dios griego y añadió—: Y qué drogas nos has puesto en las bebidas.

—¿Qué yo qué? —No podía creer lo que estaba escuchando. Yo jamás había drogado a nadie, ¡ni siquiera a mi cuerpo!

—Eres muy joven para ir a prisión, así que solo no vuelvas a hacerlo, ¿bien? —acordó el hombre que había aparecido del baño. Cuando intentó salir de la habitación, su mano se retrajo con un pequeño alarido de dolor—. ¿Qué demonios le hiciste a esa puerta?

—No puedes irte si tienes la intención de marcharte de su lado —explicó el hombre que hacía de barrera humana entre hombre enfurecido y mi aterrorizada persona.

—¡¿Qué?! —preguntamos todos al unísono.

¿Y dónde diablos estaba mi padre? ¿Es que nadie de los tres miembros de mi «nueva» familia había escuchado mis gritos desesperados?

—¡PAPÁ! —intenté una vez más.

—Escuchen, sé que es lo que sucede —intercedió la barrera humana, y alzó las palmas como gesto conciliador—. Nadie aquí ha intentado drogarnos...

—¿Entonces cómo explicas que ese loco hable de galaxias y hechizos? — Señaló el hombre de la tez pálida y los ojos grises.

—Dile a Edyah cuál es tu nombre —ordenó mi barrera al hombre de los ojos exóticos.

Todos lo miramos en silencio y, probablemente, nos preguntamos si no era él quien consumía las drogas.

—Hazlo de una vez —alentó el de mirada zafiro con fastidio—. Terminemos con esto.

El de la mirada exótica entre gris y azul suspiró cansado y dio un paso al frente. Se presentó:

—Mi nombre es Liam Woodgeth.

Lo miré anonadada un par de segundos. Se me escapó una carcajada estruendosa.

—¡Dios, está loca! Vámonos ya —sugirió otra de las voces masculinas, antes de soltar un nuevo alarido de dolor al intentar escapar por la puerta principal—. ¡¿Qué demonios le has hecho a la puerta?! ¡Escúchame loca, soy Killian Collingwood y si no abres esa maldita puerta, no volverás a ver la luz del sol en los próximos diez años!

—La ha electrificado —inclinó uno de ellos.

Mi risa se intensificó como en un ataque de pánico. No podía verlos por la enorme cantidad de lágrimas que corrían sobre mis mejillas y hacían una fiesta de presentación para los Guinness. Luché por sostener mi estómago con ambas manos, como si aquello pudiera menguar un poco el dolor que se extendía por

mis músculos abdominales. Me tomó un buen rato poder controlar mi repentino ataque de risa. Cuando por fin pude lograrlo, me erguí e hice una pequeña reverencia:

—Yo soy Sara Petterwood, reina autoproclamada del reino de Astoria — bromeé.

—No estás hablando en serio —señaló titubeante el modelo con rasgos divinos.

—No. —Resoplé—. Lo único sobre lo que reino es el refrigerador de esta casa.

Y la verdad es que algunas veces ni siquiera respetaban mi tarro de helado napolitano. Aunque colocara etiquetas, amenazas y maldiciones en conjuros improvisados, nada funcionaba. Ningún miembro en casa me tenía un poco de temor.

La expresión del dios griego cambió de asombro y miedo a un estado de completo enfado con deseos asesinos bien reflejados en su mirada. Bueno, desde ya podía ver que no íbamos a ser mejores amigos.

—¿Te parece que esto es un juego? —inquirió el hombre que estaba del otro lado de la barrera humana. Si era honesta, por la forma en la que me miraba con desprecio y completo odio, agradecía de todo corazón a la barrera de músculos que me protegía—. Mi reino entero está en peligro...

—Ah, déjame adivinar. Tú eres Kaden, alienígena intergaláctico residente en la Tierra con un alto grado de fuerza sobrehumana, carga de poder nivel 560 y...

—¿¿Dónde conseguiste esa información?!

¡Dios, que locura! De verdad, esperaba que ninguno de ellos creyera que me iba a tragar todo ese cuento.

—Doctor Bell, su turno —incitó el chico barrera humana.

¿Doctor Bell? ¡Dios, que dedicación! Al menos se habían tomado el tiempo de leer cada uno de mis libros. De quien fuera la broma, tenía que darle mucho crédito.

El «Doctor Bell» rodó los ojos y dio un único paso al frente:

—Mi nombre es Alden Bell.

—Mi nombre es Donnan Montrose. —Siguió el hombre serio de la mirada aceitunada. Era el único que mantenía la calma y nos miraba de manera calculadora desde el otro lado de la habitación—. También tengo una batalla que liderar, y no lo estás haciendo sencillo, antigua.

—Y yo soy Jared —saludó mi barrera humana y me miró por arriba de hombro.

Vaya, al menos alguien se había salido del papel por un minuto. No había ningún Jared en mis novelas ni presentes ni futuras. La mentira se les vino abajo con ese pequeño detalle.

—No sé qué clase de broma sea esta, pero no es divertida. —Miré el reloj—. ¡Dios santo! ¡Me he pasado dos clases!

Iban a matarme. La sentencia era clara, un retardo más e iba a costarme una buena sanción. Con la cantidad de señalamientos que tenía en mi carta de antecedentes académicos, seguro iba a quedarme sin universidad.

—Escuchen, gracias por tomarse el tiempo de leer mis novelas. —Comencé a husmear entre la ropa del armario, en busca de mi uniforme escolar—. Creo que una parte de mí se siente algo halagada, pero... —Tomé la ropa y corrí a encerrarme dentro del baño. Mientras me cambiaba, continúe hablando—. ¿Podrían, por favor, no transmitir esto en internet? Conozco mis derechos y la verdad es que sé que es ilegal el asunto ese de las cámaras escondidas. No me mal entiendan, me encanta ver esos videos, son demasiado graciosos y muy educativos; pero la cuestión aquí es que soy una especie de escritora encubierta, ¿entienden? Nadie debe descubrir mi verdadera identidad y tomaré cartas en el asunto si esto sale a la luz.

Salí del baño y di traspies con cada maldito objeto que estaba sobre la alfombra de mi habitación. Maldije entre dientes y me aguanté las ganas de gritar de dolor cada vez que me golpeé con la esquina de algún mueble.

—Si soy honesta, todavía no sé cómo es que descubrieron quién soy —admití y me apliqué un poco de laca en mi cabello antes de meterlo en una horrible e improvisada coleta—, pero no vuelvan aquí. Invadir propiedad privada es un delito, ¿comprenden lo que digo? No más bromas.

Crucé los brazos sobre mi pecho y los miré defrente. Cada uno tenía la expresión más confundida que el anterior. Excepto Jared, el «hombre barrera-humana» parecía estar de maravilla.

El primero en romper el silencio fue «Killian Collingwood»:

—En serio, conozco un centro de ayuda muy bueno y sobre todo discreto. Ellos sabrán cómo tratar adecuadamente tu adicción —ofreció y se mostró preocupado por mí.

Fruncí el ceño, negué con la cabeza y arrugué la nariz.

—No tengo problemas de adicción a las drogas —aclaré. Al helado, quizá, a las series criminales, también. Incluso, reconocía tener serios problemas con la literatura romántica; pero de drogas, nada.

—Aquí nadie tiene problemas de adicción a las drogas —intercedió Jared con fastidio, y rodó los ojos—. En realidad, nadie aquí está mintiendo. Eddie, ellos realmente son quién dicen ser y, chicos, ella es Edyah Luna, y es algo así como *su* dios.

Parpadeé un par de veces en su dirección para intentar encontrarle sentido a lo que decía ese chico. Cuando no pude hallar ni un ápice de sentido común, negué con la cabeza y tomé mi mochila de la escuela.

—¿A dónde vas? —Jared me detuvo del brazo cuando me dirigí hacia la puerta.

—¿A dónde te parece que voy? —Señalé mi uniforme con la mano libre—. Estoy segura de que ya me gané una detención por puntualidad.

—Nunca has sido una persona muy puntual. —Jared arrugó la nariz.

Genial, el único hombre del club de bribones que no se había tomado el tiempo de leer alguno de mis libros y entrar de lleno en el rol, como el resto de sus compañeros, juraba que me conocía bien. Odiaba a esa clase de personas. Todo el equipo ponía de su parte, para que al final siempre llegara alguien a colgarse del nombre y trabajo de los demás, sin ni siquiera poner un poco de su parte...

¡Mi cabeza explotaba!

—¿Y tú cómo lo sabes? —reté molesta.

—Porque te conozco de toda la vida, Eddie. —Sonrió—. Soy Jared.

No entendía si se suponía que aquello debía decirme algo, pero por su mirada expectante, supuse que así era.

Abrí la boca de forma teatral y me cubrí con una mano para fingir completa consternación.

—¡No puede ser! ¡Eres Jared! ¡Oh, por Dios! —Solté un chillido agudo—. ¡¿Eres Jared?!

—¡Sí! —respondió con alegría—. ¿Me recuerdas?

Mi sonrisa se desdibujó en un instante y mi fachada volvió a la dureza que había proyectado antes de mi actuación.

—No, pero recuerdo el número de la policía y si no se van ahora mismo llamaré a la estación —advertí, furiosa.

Alguno de ellos rio a la distancia.

—Escucha, no sé cómo ha sucedido, pero esto es real, Eddie —advirtió Jared—. Somos tus creaciones y por alguna extraña razón estamos aquí atrapados en tu habitación que, dicho sea de paso, no ha cambiado ni siquiera un poco. ¿Dónde están los posters de estrellas de rock y cine? ¿Aún reprimes todo dentro de ti?

Tiré con fuerza de mi brazo y me alejé de él con furia.

—No me llames Eddie. No tengo idea de quién eres, pero tu acoso raya en lo sano. Aléjate de mí y consigue un buen psiquiatra.

—¿Acoso? —Su mirada ya no era divertida ni amable, ahora parecía molesto.

Una nueva risa surgió por detrás de mí y me recordó que no era solo un loco con el que lidiaba; sino con una pandilla de enfermos mentales.

—¿Y ustedes que siguen haciendo aquí? —Negué con la cabeza, abrí la puerta «electrificada» con facilidad y salí apurada de la habitación—. En serio, chicos. Las drogas matan y las bromas que hacen son ilegales; pero soy una buena ciudadana, así que los dejaré ir con una advertencia: no regresen.

Bajé las escaleras de dos en dos. Estaba apresurada y sentía la descarga de adrenalina que solo la impuntualidad podía darme. Percibí que el resto del equipo me seguía de cerca.

—¿Crees que estamos perdiendo el tiempo hablando con una adolescente por gusto? —preguntó con incredulidad el hombre dentro del rol de Alden Bell. Me pisaba los talones.

Giré molesta y los fulminé a todos con la mirada al llegar a la puerta principal. Ojalá hubiese despertado más temprano, así mi padre estaría en casa y me habría echado una mano con ese club de locos.

—¡Entonces, largo! —Señalé a la puerta furiosa.

Todos me miraron ofendidos, pero a esas alturas yo también me encontraba dentro de una crisis de desesperación masiva. No había logrado hacerles entender por ningún medio, que yo no quería ser parte de su maldita broma de cámara oculta.

El fanático de Liam Woodgeth mostró las palmas al aire e intentó irse de una buena vez, pero, otra vez, su mano fue sacudida y un gruñido de dolor escapó de sus labios. Se alejó de la puerta, como si estar cerca de ella quemara, y me exterminó con la mirada como si aquello fuera mi culpa.

—Ah, cierto, perilla electrificada. Ya lo entiendo. —Rodé los ojos y abrí la puerta por completo. Quería que el juego se terminara de una vez.

Todos intentaron salir por la puerta principal, como un grupo de niños a la hora del almuerzo. No obstante, apenas intentaron poner un pie fuera, cayeron al suelo acompañados por múltiples quejidos de dolor y angustia. Todos excepto Jared, él no había intentado atravesar la puerta.

—No puedes deshacerte de nosotros, Ed... —cuando mi mirada de advertencia lo reprendió, añadió — ...yah

—No sé qué clase de juego crean que...

—Solo piénsalo —pidió Jared—. ¿Hay algo nuevo que hayas hecho estos últimos días? ¿Algún acontecimiento extraño que pueda explicar por qué demonios tus creaciones están gimiendo a tus pies en este momento?

La verdad es que para ser actores improvisados lo hacían de maravilla. Sus caras de dolor eran casi auténticas, si hubiese sido un espectador a mitad de la calle incluso me habría acercado a ayudarlos. Negué con la cabeza, pero una ola de recuerdos de la noche anterior comenzó a transmitirse dentro de mi cabeza como un disco de película antiguo.

La anciana, mi chaqueta, la vela de cumpleaños, el cabello, el deseo... Volví a negar, esta vez con mayor énfasis. Ahora, sí estaba por enloquecer.

—Ya lo tienes Ed —acusó Jared—. Te conozco lo suficiente como para saber cuándo mientes, cuándo piensas, cuándo estás a medio paso de desmaya...

Pues sí, me conocía bien.

Edyah fuera.